

el fraile los vio y llamó, llegaron los indios y el fraile les dio una carta para el alcalde mayor, en que le pedía el rescate suyo y de los demás en agua y leña; donde no, que allí acabarían sus vidas.

El alcalde mayor y los demás se vieron en grande angustia y no pudiendo hacer otra cosa dieron a los chinos agua y leña, y con esto se libertaron los cautivos, y a vista de todos se fueron los enemigos triunfando, haciendo desde luego la travesía para su tierra. Son juicios de Dios y secretos suyos, porque por aquel tiempo que era ya mediado de noviembre, jamás tal navegación se ha hecho y la costa de Ilocos no se navega por ser tiempo de muy recios nortes y para estos enemigos hubo tiempo favorable, con que salieron libres con su intento.

CAPÍTULO XXXIII. *Que prosigue el suceso pasado de los chinos que se llevaron la galera real, donde habian muerto al gobernador Gómez Pérez das Mariñas*



ENTRO DE DOS DÍAS que fue muerto el gobernador llegó el aviso a Manila día de San Simón y Judas, que es a 28 de el dicho mes; el licenciado Rojas y el maese de campo don Diego Ronquillo estaban juntos cuando llegó la nueva; luego llamaron a consejo de guerra y al regimiento de la ciudad, y todos juntos, tratado el caso y presumiendo que la galera no podía hacer viaje por aquel tiempo, siendo tan contrario de ordinario por la costa de Ilocos y entendiendo que irían la vuelta de Bornei, acordaron de despachar aviso al capitán Esteban Rodríguez, que estaba en Otón, para luego saliese de allí con gente y navíos, en busca de la galera, la vuelta del Bornei. En el mismo día salió con este aviso el capitán Juan Esguerra y para que de allí pasase a Cubre, llevando recaudo a don Luis para que se viniese a Manila con toda la gente, pues ya no se había de hacer la jornada.

Otro día siguiente se trató en la ciudad de Manila, que sería bien elegir gobernador, y sin aguardar a más se juntaron los regidores de la ciudad y eligieron por gobernador y capitán general de las islas al licenciado Pedro Rojas, teniente que era del gobernador; aceptó la elección y comenzó a disponer de las cosas, despachando primero una fragata a Malaca, para por aquella vía escribir a España y dar aviso a su majestad de lo sucedido y de cómo quedaba él elegido por gobernador. Fue previniéndose, con mucha diligencia, en la fortificación de la ciudad, porque había mucho temor del Japón, no habiendo venido fray Pedro Bautista para cuando quedó, ni escrito. Acordó también luego de enviar por la costa de Ilocos alguna gente con navíos por la mar, por si acaso acometiese a ir por allí la galera; nombró al capitán don Juan Ronquillo por cabo de esta gente y con algunos capitanes y soldados salió luego y hízole tiempo tan contrario que con mucho trabajo, peligro y tarde, llegó a la costa de Ilocos, donde supo lo

sucedido por allí con la galera, y así se volvió a Manila. Cuando vio esto el licenciado Rojas despachó otro aviso al capitán Esteban Rodríguez, que toda la gente estuviese en Otón.

Habiéndose librado el secretario Juan de Cuéllar, y como se vio en tierra de cristianos y supo que el licenciado Rojas era gobernador, publicó que el gobernador Gómez Pérez había dejado nombrado gobernador, que le sucediese por su muerte, y que este nombramiento estaba en una caja de papeles y otras cosas que habían quedado en el convento de San Agustín de Manila. El licenciado Rojas, teniendo aviso de esto, fue a San Agustín y pidió le diesen estos papeles; fray Diego Muñoz, a cuyo cargo estaba aquella caja, se excusó, diciendo que a sólo don Luis Pérez, hijo de el gobernador, había él de entregar la caja y llave y no a otro ninguno; sobre esto se hicieron algunas diligencias por el licenciado Rojas, pero no aprovecharon.

Después que supo don Luis en Cibu la desgraciada muerte de su padre, se vino a Manila en un navío a la ligera, y llegando de noche a la ciudad se entró en el convento de San Agustín, donde otro día de mañana miró sus papeles, y dentro de el testamento de su padre halló el nombramiento de gobernador, el cual envió luego a presentar ante el cabildo de la ciudad; y visto por los regidores, enviaron a notificar al licenciado Rojas no usase de oficio de gobernador; trajeron a don Luis al cabildo, donde fue recibido y él comenzó a usar el oficio. Procede en todo con parecer de los frailes, porque como él es tan recogido no hace cosa que no la consulte con ellos, dándoles tanta mano que no tiene él más de la que ellos le dan, en especial con los frailes dominicos, en cuyo convento él hizo las honras de su padre con grande solemnidad.

También don Luis despachó otra fragata por Malaca, con aviso a su majestad de cómo él había sucedido en el gobierno, por nombramiento de su padre; luego comenzaron a venir muchos navíos sangleyes, todos cargados de mantería, a los cuales mandó el gobernador la vendiesen en los navíos, y en esto hubo harto desconcierto. Luego por el mes de enero de este año acordó el gobernador de enviar a su primo don Fernando de Castro a la China, con el cual fueron dos religiosos de Santo Domingo a quejarse de los traidores y pedir si hubiese parecido el estandarte real que iba en la galera. No pareció bien esta jornada a los más; pero con todo eso hicieron el viaje y a 4 de mayo de este dicho año, con haber venido muchos navíos sangleyes, ni se sabía de la galera, ni de don Fernando, aunque todavía faltaban de venir muchos navíos, en los cuales se decía venían algunos mandarines (que son gobernadores) con despachos de el rey para saber si los chinos hacían agravios en Manila, castigarlos y llevar a otros que se habían ido con haciendas ajenas.

Todavía se tenía mucho recelo de el Japón, y como fray Pedro Bautista no sólo no volvió, para cuando se entendió por el mes de octubre, pero ni cartas suyas no había. Y así, desde que comenzó a gobernar don Luis, se proseguía en la fortificación de la ciudad, con mucha diligencia, hasta que el día de jueves santo siguiente en la noche llegó Pedro González, portu-

gués, que había llevado a fray Pedro Bautista; trajo cartas suyas y de el emperador, el cual en su carta todavía dice que se le debe hacer reconocimiento, como a tan gran señor, de nuestra parte y que por tener noticia que en Manila se tratan bien los mercaderes de su reino, no ha permitido que les venga hacer guerra, aunque algunos grandes de su imperio le han pedido esta jornada para venirla a hacer. Fray Pedro Bautista escribe que todavía es bien tener alguna prevención, pero que duda en el llevar adelante los japoneses, estos fieros; y que allá le respondió al emperador que era muy excusado tratar de que los españoles le diesen tributo, que jamás lo habían dado ni darían, sino sólo a su Dios y rey, como parece por sus cartas, referidas en el capítulo antes de éste; escribe que fue bien recibido y regalado y que le dio orden de que hiciese una casa donde él y su compañero estuviesen recogidos, mandándoles que no dijese misa en público, ni predicasen nuestra ley. Fray Pedro Bautista determinó de quedarse en aquella tierra, con celo de convertir las ánimas, empleándose en el servicio de Dios. Con estas cartas cesó el recelo que en Manila se tenía, aunque todavía se iba acudiendo a la prevención por lo que pudiese suceder.

En la galera que llevaron los chinos se llevaban ocho mil pesos de el rey para pagas de soldados; dicese que de el gobernador iban más de treinta o porque llevaba voluntad de despachar a su hijo don Luis desde Maluco a España; y a esta causa se dice que también llevaba cantidad de oro y preseas. Los soldados, que eran de los viejos y honrados y algunos alférez también llevaban reales y muchas preseas de oro, así para adornar sus personas, como para emplearlas a la vuelta. Algunos principales indios iban allí también, que llevaban muchas cadenas de oro; llevábanse dos piezas de artillería de mucho valor, mucha pólvora y municiones; dicese que valdría la galera, con lo que llevaba, más de cien mil pesos, a lo menos. Serían los chinos que se alzaron con ella como ciento y cincuenta. Mataron como cincuenta soldados y entre ellos al capitán Castaño y al alférez Muñón y a Alonso de Sotomayor. Éstos, que acababan de llegar de la Nueva España y se embarcaron luego con el gobernador, Dios les haya dado a todos la gloria.

La galera procuró, atravesando el golfo de los Ilocos, pasar a la China; y no pudiendo tomarla, arribó al reino de la Cochinchina, donde el rey de Tunquín les tomó lo que llevaban y dos piezas gruesas de artillería que iban embarcadas para la jornada de Maluco; y el estandarte real y todas las joyas, preseas y dinero, que dejamos referido, y dejó perder la galera en la costa y los chinos se derramaron y huyeron por diferentes provincias.

Los que andaban en busca de la galera en la mar tuvieron aviso de cómo el rey de Tunquín tenía el estandarte real y todo lo aquí referido y fueron allá a pedirselo; pero aunque fueron a la presencia del rey y lo pidieron, no sólo no se lo dio, pero aun tratólos mal y hizoles salir huyendo.